

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de la Voz del Tajo. Nº 23. 10 de Noviembre de 1984.

SUMARIO

- Mes de ánimas, por Federico Mulas (pag. I)
Marcial Lafuente Estefanía, por María Antonia Ricas (pag. II)
En la abacería, por Sara Papiri (pag. II)
Cuando Toledo en llamas..., por Jesús Pino (pag. III)
Desazón, por Amador Palacios (pag. IV)

Bodas de don Noviembre y doña Muerte

Hoy la Barbuda pónese una pizca desagradable; mira que hablar de la muerte casi mediado el mes... Ella no es postmoderna para nada; le encantan los guiños románticos, las arenas movedizas entre este barrio y el que viene; hay que dejarla, dejarla para que no juegue ninguna malsima pasada con su adorable ambigüedad; ha cogido hoy la perra de llenar sus cuatro páginas de la enigmática referencia a esa señora tópica, quizás su prima hermana; menos mal que lo suyo es una

variedad melancólica. Rescata, a continuación, un antiguo artículo del finado castellano-mancheño Federico Mulas (1910-noviembre, 1974), una evocación familiar de María Antonia Ricas, un retrato cotidiano, como la vida-muerte misma, de Sara Papiri, a Jesús Pino le hace buscar entre cenizas un amor y, por último, transcribe una alarma angustiosa de una sorpresiva narración de Amador Palacios.

Mes de ánimas

A la ciudad, como alzada sobre sí misma, casi de puntillas, la ciñen amorosamente dos ríos escoltados de finos chopos que yerguen en las orillas su línea gentil. Y cuando llega noviembre, los chopos aparecen un día bruscamente convertidos en una melancólica hilera de luces amarillas. Un amarillo intenso, casi luminoso; tanto que prolonga en las últimas horas de la tarde su brillo como si el crepúsculo hubiese detenido en ellos sus postreras luces.

Noviembre es en estas viejas ciudades castellanas el mes que parece llegado exclusivamente para ellas, tejido con brumas y recuerdos para telón de fondo de sus audaces perfiles y de sus barrios solitarios. ¡Qué solitarias las calles de la ciudad! ¿Huyeron sus habitantes dejándola en definitivo olvido? ¿Quién tañe esas campanas cuyos tristes sonos se embozan en la bruma? ¿Quién dejó olvidada en la esquina de la calleja esa luz urbana, aún más desamparada bajo la luz

mortecina del día?

Esta soledad se agranda y enseñorea en la vieja catedral. La luz del día se arrodilla, tímida, donde la dejaron las vidrieras. Y hay una dramática respuesta en la soledad vigilante en las luces de cirio encendidas en el brillo de las pupilas de las imágenes, repetidas en los pequeños espejos engarzados en el delirio ornamental de los altares barrocos donde el temblor mínimo de las llamas se prolonga como un eco sin voz.

En noviembre, pasado el Día de los Santos, hasta los cementerios están más solos. La ciudad tiene varios de ellos clausurados desde muchos lustros atrás y como ateridos en el conjunto urbano. En sus patios crece la hierba borrando lápidas y cruces... Y hay también el dramatismo de unas iglesias arruinadas donde queda, allá en lo hondo de una capilla, la lápida que señala el lugar de enterramiento de quien en vida fue poderoso señor.



Foto de Ramón Vilalta

Vienen a la memoria versos inevitables: Jorge Manrique con sus estrofas cortadas donde nos advierte la fugacidad de la vida, el paso de nuestras horas en el fiel paralelismo con el de las aguas de los ríos:

*"Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir..."*

A la mar del morir se fueron los señoríos dejando solo memorias de su tránsito en los escudos de las casonas que las manos de la lluvia van borrando. De las arrogantes divisas que antes campeaban, sólo quedan palabras de su bello trazado. Pero y de los otros, ¿qué queda?

Fuera de los muros de la ciudad y tan cerca de ellos que la dramática advertencia se mantiene viva en los que aún alientan, hay un cementerio colgado al borde mismo de las rocas y que recuerda los pintorescos cementerios marinos*. El verso del poeta romántico —"Dios mío qué solos se quedan los muertos"—, tiene en este bello lugar su monumento. A un lado duermen su sueño eterno los

(Pasa a la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

seglares: al otro lado las dignidades que lo fueron en la Santa Iglesia Catedral. La lección de la muerte se hace aquí más honda al repasar las lápidas funerarias donde campean los títulos eclesiásticos. Deán, magistral, lectoral, penitenciario... El son ronco del río llega hasta estos lugares de paz como un murmullo de oraciones. Acaso el recuerdo de las cosas cuando los hombres se olvidan.

Desde este lugar esplenden las amarillas luces de los chopos en toda su piadosa unanimidad. Y nos traen a la memoria las piadosas costumbres castellanas, que llamas de lamparillas gigantes parecen, como si el paisaje imitara la beata tradición.

Desiertas las calles; desiertas las plazuelas donde gorgotea una fuente; desiertos los pasadizos por donde la ciudad se asoma, como si respirara hondo, a dilatadas perspectivas, al borde mismo de la línea desdentada de las ruinosas murallas. Nadie en los portales umbríos; nadie en las escaleras misteriosas casi con vida propia en las casas varias veces centenarias. Y solas las habitaciones donde el tiempo parece dormido, donde los recuerdos resisten el lento paso de las horas en las viejas fotografías, en los objetos de otras épocas que conservan como dolorido, todo su inefable candor.

En un rincón último de la casa se da cita a las evocaciones en torno a la vasija de barro donde arden las lamparillas en recuerdo y por el alma de los seres queridos. Mauriricio Bacarisse, el malogrado poeta, llevó a sus versos la escena:

"En un tosco cuenco
unas lamparillas
arden por las pobres
ánimas benditas..."

Y es en la larga noche cuando estas luces vigilantes concentran los recuerdos y hacen de la casa íntimo relicario de borrosas memorias. Resucita el espíritu de los que se fueron y su presencia estremece al testimonio fiel de las minúsculas llamas.

Doradas, fantasmales luces de noviembre. Luces amarillas, como de cirios de cera virgen en las orillas de los ríos castellanos, trepando por las cuevas que van a la vieja ciudad, en los viejos altares, en las dramáticas penumbras de las casas... Luces amarillas, temblonas, en los ojos de las imágenes, en los ojos de los seres vivos y silenciosos que pueblan las ciudades viejas y que parecen esperar en el umbral de la Vida y la Muerte. Luces vigilantes por las Animas Benditas, por las pobres ánimas erráticas en la ciudad silenciosa y triste.

Federico MUELAS

(*) En este mismo cementerio —el de San Isidro de Cuenca—, se encuentra definitivamente reposando el escritor y poeta.

Marcial Lafuente Estefanía

Si ella hubiese sabido lo que ocurriría después, no habría dejado que tocaran el alfeizar de aquella ventana. Pero en ese tiempo no tenía voz, era únicamente la alegría de sus padres y le gustaba descolocar las pilas de novelas —M. Lafuente Estefanía— cuando él estaba echado la siesta y ella, acababa de salir del baño, empapado el cojín en el sillón de mimbre, su sillón, descolocar los libros, cubiertas prodigiosas - vaqueros - prodigiosos— ¿Por qué siempre los mismos? Leía los finales, los golpes de efecto, para que todo fuese redondo, perfecto y feliz. Todo era feliz y perfecto. El suelo encharcado por sus pisadas. Venía corriendo desde el patio, plasss, plass, tiritando al contacto de las baldosas heladas, saltando a la mimbrera, la habitación en penumbra fresca, arrebujada en la toalla. Y se reía y le daba miedo porque sabía repetido lo que pasaría: El se levanta, enorme, el abuelo más inmenso que ella conoce, como un rey, como un Odín, tronando palabras obscuras y vivas, repiqueteadas en las paredes de la casa extendida, hasta llegar a ella, pues ya estaría escondida cuando le oyese rebullirse en la cama, crujir la cama bajo su peso inversosímil, levantarse e ir a la ventana. El se prestaría al juego del señor del temor. Eramos tan casi nada y tan tontos, y él, todo, todo. Lo misterioso y prohibido, sargento



en la República; lo trillante, como el filo de su acero de espada: Dobra la hoja hasta tocar la empuñadura con la punta y algún turista abre la boca, estúpido. Sale al patio de los ciruelos y tantas palomas. Ella está metida en la piscina; desde el lugar inaccesible le sonríe, a él le brillan las niñas de los ojos y su niña, que baila cuando él se anima al cante jondo; ella recita y a él se le emociona en la garganta un gusanillo áspero y duro. Grita, sin embargo: "¡Salid de ahí! ¿Pero, qué no veis que quieren beber las palomas?"

Qué asco, qué asco de palomas, pringándose los dedos con sus cagadas, ensuciando el agua, y las avispas muertas, flotando amarillas e inútiles. El se marcha un instante. "Juanito, sube al palomar y chilla, a ver qué pasa". "¡Niños, niños, hijos de...! Saltábamos al agua, aprisa, aprisa, tropezando de la risa, donde él no llegaba; saltábamos fuerte, para hacer mucho ruido, para sacar el agua, para reírnos, viene un mastodonte por el pasillo, para reírnos.

Cuando los veinte años, en la escenografía de Noviembre, reuniría a sus amigos. En la mesa redonda, apagaría la tarta redonda y ellos aplaudirían. Eran muchos, del Pueblo, de Madrid, de aquí, tienen que conocerse. Ella,

María Antonia Ricas

En la abacería

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Al fondo, mostrador al uso con tendero incluido. Hay dos señoras haciendo la compra mientras el tendero organiza el fiambre en la cámara. Las señoras hablan.

MUJER PRIMERA

Pues, sí, hija, este año no sé qué pasa, que se están muriendo los pájaros, los de las jaulas, los otros, no lo sé, me imagino yo que igual, ipobrecillos! Empiezan a desplumarse no sin antes ponerse como gordos.

MUJER SEGUNDA

Sí, sí, creo que es una enfermedad que cogen, no sé, pero mueren así.

TENDERO (que está al tanto, interrumpe su actividad para escuchar)

Perdonen, señoras, es que me interesa el tema de los pájaros.

MUJERES (al unísono)

Nada, nada, escuche, escuche.

MUJER SEGUNDA (continúa)

Mi pajarito, mi Renatito estiró la pata el mismo día que casábamos a mi sobrina, pobrecito el pájaro, parecía tristón cuando nos íbamos a la iglesia y fíjense, al volver, tiesecito me lo encontré. ¡Qué cosas! el pobre parecía que no aguantaba esa boda.

Todos rién. Entra el panadero. Buenos días, y sigue a su aire sacando el pan de las canastas.

MUJER PRIMERA

Bueno, los pájaros no dan complicaciones cuando se mueren, no dan un ruido los pobres.

MUJER SEGUNDA

Eso, eso, no como las personas, que hasta después de muertos seguimos dando guerra.

Tendero atento al tema.

MUJER PRIMERA

Ya ves primero te apuntas a los seguros, esos de muertos, pagas durante más años que tuvo Matusalén, y a la hora de la verdad, no te cubre ni los gastos, ya que, entre pitos y flautas, se te va un dinerito.

Panadero y tendero escuchan atentamente. Sigue hablando.

MUJER PRIMERA

El caso es dar guerra, que si médicos, hospitales, total, para morirnos igual, luego, que si coronas, flores, sepultura perpetua, o sea, terreno, y venga a soltar cuartos. ¡Ay, Señor, Señor, qué vida más perra!

MUJER SEGUNDA

Y usted que lo diga.

(Suspiros y silencio breve)

PANADERO

Por eso es lo que yo digo, no pago un duro, si me muero, que me lleven a enterrar en el furgón del pan, y si no, que me lleen en un saco de harina y me tiren al río, me da igual.

MUJER SEGUNDA

A mí también me da igual, el que venga atrás que arree. Ya se apañarán, allá ellos.



el hilo conductor, guionista del diálogo afectivo y agradable. Sí, sus amigos hablados, deseados, por fin, juntos. ¿Por qué no recordó aquella mañana de viernes, las palomas planeando hasta el agua? Con Ramón por teléfono, cómo vendrían, cuántos al día siguiente, y no le vio salir, "adiós Lolo", oyó decir a su madre. El habría venido del Pueblo para sus asuntos, pero ella tenía que ir hasta la Escuela, ya era tarde, bajaba corriendo y pensó que le vería al anochecer y besarle el beso de la mañana tan fría. Si lo hubiese sabido, no hubiera dejado que tocaran el alfeizar de aquella ventana. Pero en casa, con el doloroso asombro, a nadie se le ocurrió llamar para que subiese rápida. Y encontró la puerta abierta como si a la vida se le hubiese parado el corazón. Buscó a su madre. Oyó gemidos arriba y dos lejanos riing, riingg de teléfono. ¿Qué era esto? Nada, nada, mañana cumple veinte años.

Siempre se ha preguntado si no lloró, acaso, porque fue el día anterior, el mismo día en que la felicitaron por un poema; a él se le hubiera emocionado ese gusanillo al leer el periódico local. Y no se atrevió a mirarlo otra vez, tan colosal, tan dios Odín, que lo tenía todo y éramos muy tontos, casi dioses. Alguien había tocado la pila de los libros y el círculo nunca volvería a cerrarse en un final feliz; el bandido ha muerto, el vaquero cabalga junto a la chica y juntos estrenan el campo de Arizona a la luz de la luna.

María Antonia Ricas

TENDERO

Hombre, eso no es, hay que pensar en no darle incumbencias a la familia, ni cargarle el muerto a nadie, creo que es mejor pagar.

PANADERO

Pues a mí me da igual ir en un coche de muerto que entre las sacas de harina; bueno, casi prefiero mi furgoneta del pan, pues los coches de muerto no me gustan ni pa un rato corto; además, uno no va entonces de juerga, ¿verdad?

(Panadero rié con ganas)

MUJER PRIMERA

Sí, sí, tienen razón, pero yo soy de una forma de pensar que si no arreglo papeles no duermo tranquila.

PANADERO

Ya, ya tendrá usted tiempo de dormir tranquila... Ahora, el dinero de la vida hay que gastarlo en la vida, correrse buenas jugadas y no gastar dinero en pagar amarguras. Señora, hágama caso.

(Ríe otra vez)

MUJER SEGUNDA

A mí, si me da un patatús pa morirme, ellos verán, que yo ya trabajo mucho en esta vida como pa preocuparme en dejar descuidados a los demás; si me muero, que me muera; además, allí no necesito llevarme un duro. Y venga y despácheme que se me van a pegar las lentejas.

TELON

SARA PAPIRI

EPILEPSIA

Cura cierta por la
Anti-Epileptique de Lioja
de todas enfermedades nerviosas, particularmente la Epilepsia, hasta ahora reputada incurable.
30 años de éxito constante.
El folleto conteniendo el tratamiento y muchas atestaciones de curación, se envía franco a cada persona que lo solicite por carta franqueada al Sr. O. FANYAU,
Farmaceutico en Lille, Francia.

Los folletines de **LA VOZ** del Tajo

Cuando Toledo en llamas...

Jesús Pino, acogido regularmente en el seno barbado, casi siempre nos brinda un sueño. A él le gusta jugar con esta peñascosa y secular ciudad para transformarla, con los sabios guiños de su talento, en una delicia literaria para la faceta sensible de nuestras mentes. Su reflexión y descripción, envueltas

en un justo tono de tul onírico, es una buena clave de su claro quehacer. En esta "Epístola de invierno" se cumple el aserto de una de sus frases: "El sueño venga al hombre de la mediocridad de sus circunstancias". Nunca nadie nos dio tanto en tan poco espacio.

Epístola de invierno

CUANDO el segundo incendio de Toledo tenía la absoluta certeza de haberme enamorado de Mabello. Y, aquella misma tarde, me había propuesto decirselo abiertamente. Era lo mejor para ambos. Lo más aconsejable. También lo más prudente. Sin embargo, el destino (o la providencia o la estupidez de algún maníaco) determinó ganarme la partida y hube de suspender mi propósito, demorarlo hasta mejor ocasión, posponerlo, y quizás para siempre.

PORQUE, no obstante haberlo insinuado, proclamado, advertido, amenazado e incluso profetizado por los viejos ingenieros civiles, nadie pudo sospechar que, a tales alturas del siglo, con los refinados avances en materia de protección urbana y las minuciosas medidas de seguridad arbitradas por la administración municipal (alertada y aleccionada por aquel primer incendio casi inmemorial), ocurriera lo que, desgraciadamente, aconteció, transformando, de nuevo, a la ciudad en una inmensa pira fúnebre y diabólica.

ANDUVE algún tiempo indeciso. La expectación que Mabello despertaba en mí iba adquiriendo matizaciones, detalles y perfiles propios de un principio de enamoramiento. La amistad, cultivada diariamente, daba paso a una forma de sentimiento que me invadía sigilosa y dulce. Por razones de lealtad no quería, no debía tomar en consideración tales modificaciones de fondo. Resultaba impropio, grotesco y ridículo. Más aún. Ocurría fuera del tiempo. De mi tiempo indeciso. La expectación que Mabello despertaba en mí iba adquiriendo matizaciones, detalles y perfiles propios de un principio de enamoramiento. La amistad, cultivada diariamente, daba paso a una forma de sentimiento que me invadía sigilosa y dulce. Por razones de lealtad no quería, no debía tomar en consideración tales modificaciones de fondo. Resultaba impropio, grotesco y ridículo. Más aún. Ocurría fuera del tiempo. De mi

tiempo. Quiero decir que por entonces ya no esperaba nada del amor. Mi inseguridad radicaba fundamentalmente en la sorpresa de lo inesperado.

COMO inesperadas y sorprendidas fueron aquellas campanadas a rebato de las torres. Y los resplandores, que brotando de los cuatro puntos cardinales de la ciudad, restallaban la horrible certidumbre de la tragedia. Resplandores que fueron tomando cuerpo y vigor según crecía la tarde. Arreiciando duramente en lugares donde picudas lenguas ascendían hasta las mismas torres. Y las carreras de las gentes. Y los atascos de los automóviles. Y los gritos. Y la incredulidad. Sorpresa, sí. Sorpresa y aturdimiento.

¿COMO llegué a enamorarme de Mabello? Durante siete años hemos trabajado juntos. Durante siete años hemos compartido dificultades y triunfos; nos hemos visto y hablado y criticado y rebatido argumentos. Siete años uno al lado del otro y ahora... Un flechazo. ¡Dios Santo! Sólo el pensarle me abochorna, me avergüenza. No, no tiene ningún sentido. Entre otras razones porque sé que no fue así, instantáneo. Hubo un proceso. Una secuencia detectada, presentada, sensible y concreta. Una larga invasión invisible que aposaba matices hasta desencadenar la evidencia absoluta de estar enamorado de ella.

ME sorprendió el incendio en la plaza de Zocodover. Paseaba bajo los arcos preparando lo que ningún discurso posible podría contener. ¿Cómo reaccionaría Mabello? ¿Cómo discurriría nuestra relación tras mi sorprendente declaración de amor? ¿Esperaría ella algo parecido? ¿Sospecharía en mí un sentimiento de esta índole? ¿Se burlaría? Oh, no. Eso sería demasiado cruel. No se lo perdonaría jamás. Acaso ¡qué insensatez nacida de la vanidad! acaso ella... ¿y después? ¿qué sucedería entonces? Paseaba ensimismado, turbado, avergonzado y arrepentido de haber citado a Mabello para aquella tarde. No sé que ra-

zón interior se mantenía a la espera. Pude haber cancelado la entrevista. Eso no hubiera despertado sospechas conociendo mi carácter voluble e imprevisible. Allí estaba yo. Nervioso y decidido a confesar mi desasosiego. También la gente estaba nerviosa. Se hacían grupos en la plaza y dirigían la vista al cielo. Señalaban como si algo estuviera sucediendo en lo alto. Crucé la carretera y me uní al grupo de curiosos. En el cielo se divisaban ligeras columnas de humo. Había un incendio. Gente que llegaban a la plaza confirmaban el principio de la tragedia. Era un gran incendio. Preguntábamos. Nadie sabía con precisión dónde se desarrollaba. Alguien apuntó que no era uno solo. Había cuatro focos dispersos. Poco a poco las columnas de humo se fueron convirtiendo en densas humaredas que hacían difícil la respiración. El nerviosismo dio paso a una agitada turbamulta que se movía caóticamente. Vimos las primeras llamaradas sobre los tejados e iniciamos la huida. ¿Hacia dónde? Corríamos sin saber exactamente para qué. Corríamos sin saber si la dirección tomada nos alejaba o por el contrario nos acercaba al peligro. El ambiente era sofocante. Las llamas emergían por toda altura. Corrimos, corrimos, corrimos... Recuerdo haber bajado hasta la puerta de Bisagra empujado, arrastrado, absorbido entre una multitud de coches y hombres y mujeres que, instintivamente, buscábamos la extensión de la Vega como naufragos en un océano envolvente y terrorífico.

¿HAY alguna explicación para el amor? ¿Existe alguna teoría, un modelo o una doctrina que pueda explicar, rigurosamente, cómo se origina, cómo se desarrolla, cómo se identifica y, al fin, cómo se diferencia de otras patologías del espíritu, tales como el deseo de posesión, el miedo a la soledad, o la autoanulación voluntaria? Una vez, Mabello, me dijo que el amor, al igual que los demás sentimientos, surge y no necesita

explicarse (Mabello es ante todo práctica y vitalista). El amor si se explica deja de ser lo que es, como los dioses. Un dios no puede explicarse porque sería limitado. Al menos limitado para el conocimiento humano. Y eso es una imperfección. El amor es perfecto y no puede ser sometido a razón. Como la vida. No tiene explicación y eso lo engrandece. Lo margina de la soberbia humana. Mabello me lo dijo. El amor hay que vivirlo. Dejarse absorber por él y consumirse dentro. Igual que dentro de la vida. Tal vez, porque ambos sean como el haz y el envés de una hoja. Si amas, me dijo, lo sabrás. Lo sentirás. Si no, piensa que puede ser una obcecación, una pasión pasajera. Una ilusión. O una venganza. A veces, me dijo, después de ciertos sueños, se mantienen estados emotivos que terminan por disiparse cuando la realidad va imponiendo su evidencia. El sueño venga al hombre de la mediocridad de sus circunstancias.

MAS de un millar de personas nos concentramos en la Vega. Atónitas, incrédulas y alucinadas por el espectáculo que se ofrecía ante nuestros ojos. Toledo ardía enteramente. Las llamas devoraban las cúpulas y edificios. La ciudad era un enorme holocausto de piedra. Desde distintos puntos veíamos curvarse, impotentes, chorros de agua surgiendo de los coches cisternas. Se oían gritos de advertencias, gritos de órdenes, gritos de avisos, improperios, juramentos, blasfemias, aullidos... Las sirenas aulaban frenéticamente. Y la enorme masa de fuego brotando, estallando, vomitando humos, retorciéndose sobre sí misma, alargándose, afilándose, ocupando casas, triturando arcilla, madera, mármoles, hasta envolver todo el frente de una elástica y ondulada lámina flexible, amarillenta, rojiza y gris y negra. Dudar que aquello pudiera ser el infierno sería tanto como dudar de la memoria. Los que llegaban hasta nuestro refugio, desen-

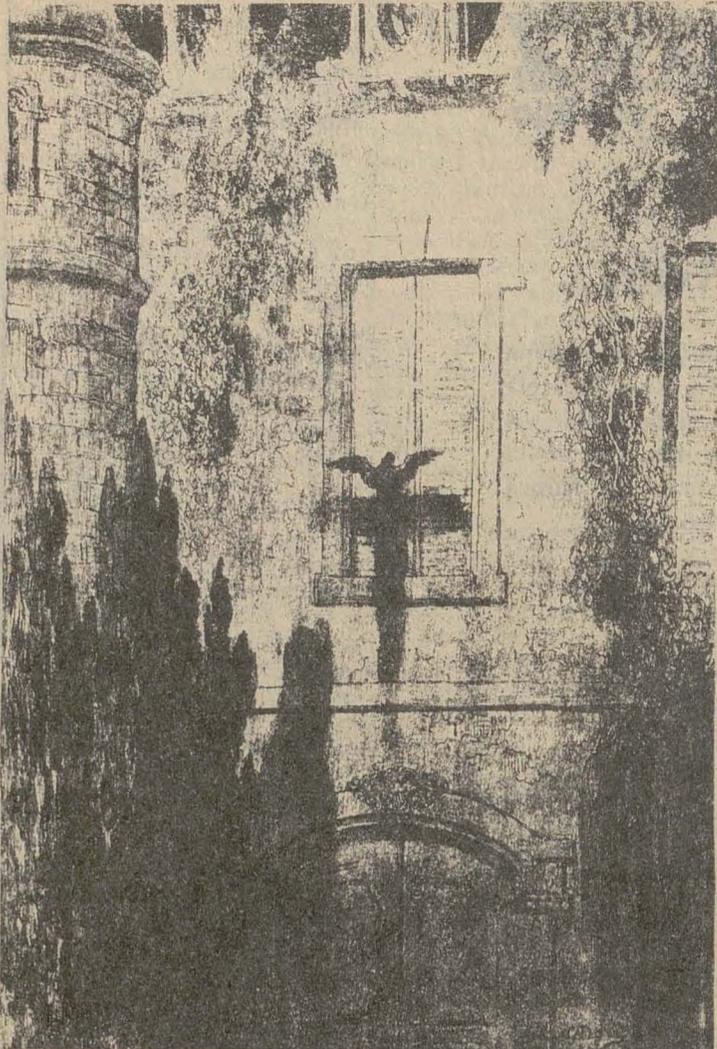
cajados, empavorecidos, presos del pánico, informaban de la magnitud de la tragedia. San Juan de los Reyes estaba carbonizado. La torre alta de la catedral derrumbada sobre el palacio arzobispal y el Ayuntamiento. El Alcázar sólo era una brasa de escombros. Como una pesadilla. Como una monstruosa pesadilla. Toledo se abrasaba, por segunda vez, como una vieja pira de papiros.

MABELLO, yo estuve en la plaza. A la hora convenida. Firmemente decidido a decirte todo. A confesarte que estaba enamorado de ti. Que no entendía cómo había surgido. Que no conseguía explicármelo. Pero que lo sentía. Que estaba seguro de que no era una ilusión, ni una obcecación, ni una venganza. Que te quería. Sin ninguna explicación que lo justificase. Simplemente que te quería y quería vivirlo. Vivir este desajustado y asincrónico sentimiento hacia ti. Aunque fuera sin reciprocidad. Vivirlo solo. Pero que tú supieras que me habías vencido. Que me habías vencido y que estabas equivocada cuando te expresé, confusamente, que me atraías y quisiste convencerme de mi error. Quisiste hacerme ver claro. Como aquella ocasión. Tú sentada y yo dando paseos en torno a la mesa turbado, avergonzado, asustado de abrirte mi corazón. Como estabas equivocada en el frío del atardecer cuando te dije que podría estar enamorándome de ti. Estuve allí Mabello. Estuve para decirte que te quería.

Y es doloroso. Tan doloroso como las crueles horas de aquella noche frente a la ciudad, que ya no era una ciudad sino un cuajo de piedras, un esqueleto de aristas y cenizas, fiambre de calles, cumbre de muerte y olor de ruina y espanto. Tan doloroso como las horas siguientes a la consumación del fuego, cuando empezó el balance de las vidas. Nombres. Nombres conocidos y desconocidos. Preguntas y respuestas dolorosas. ¿Dónde está? ¿Quién lo ha visto? Y la noche. La noche más negra de mi historia. Las sombras durando horas y horas. Luego los penachos de humo enredándose con las primeras claridades de un alba que tampoco era un alba sino otra noche más negra, más poblada de ausencias, más trágica y siniestra. ¿Cuántos? Cientos. Miles. Decenas de miles. No sé. Todo era un nombre para mí. Mabello, Mabello ¿dónde estás?

CUANDO el segundo incendio de Toledo tenía la absoluta certeza de haberme enamorado de Mabello. Y, aquella misma tarde, me había propuesto decirselo abiertamente. Sin embargo el destino (o la providencia o algún estúpido maníaco) determinó ganarme la partida. Hace ya varios años que busco entre los muertos el cuerpo inalcanzable por mis llamas.

Jesús Pino



G. Doré



G. Doré

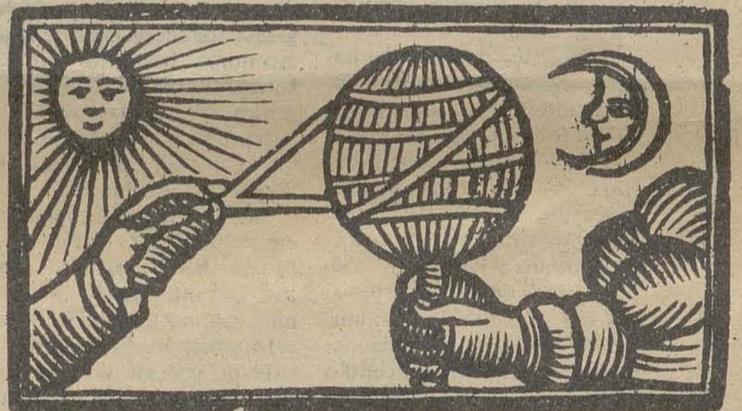
casto varón. Al día siguiente, después de la "oportuna" visita de pájaro y amiga, tomé conciencia de la gravedad de la situación, pero Charo ya había tomado un medio de transporte en busca de su amor y paraje inéditos, en una de sus fiebres eufóricas; sé, para colmo, que cada vez que se larga así, tarda meses o años en volver, y... ¡nadie sabe su paradero! ¡qué horror! No duermo por las noches, esperando el fatídico momento. A mi mujer nada le he comentado, pues sería una hecatombe redoblada, peor el remedio que la enfermedad. He telefonado a todos los amigos comunes y no comunes, habidos y por haber, mas, de Charo... ni rastro; a nadie, a nadie ha dejado una dirección, una ligera pista, un solo punto cardinal. Y lo malo del caso, es que no creo que se arrepienta y vuelva de su amor exhuberante y su idílico pago, de aquí a una semana. Las velas, las dos velas ya las tengo compradas; las guardo en el cajón más asequible, al lado de una caja de fósforos que jamás pueden fallar. El nombre de San (...) no lo recuerdo (¿tendrá la culpa las ocasionales pipas de marihuana?) y, a causa de mi desazón, temo que no lo haya de recordar en lo que me queda de... Todas mis esperanzas las tengo puestas en el Servicio de Socorro de Radio Nacional de España, en el mensaje que se emite —mi buen

Desazón

Estoy muy preocupado. Jamás he sido supersticioso. Nunca me había fallado tanto la memoria. La verdad es que ahora respiro mal. ¿Serán los nervios o una terrible coincidencia o la sospecha que me abrumba? Ya hace ocho días que emiten mi mensaje en el Servicio de Socorro de Radio Nacional de España. A ver qué pasa. Te explico: Estaba solo en casa. Mi gabinete queda al lado de un cuarto de baño que carece de ventana, y que, por consiguiente, tiene un respiradero, un tubo que me muestra lo más azul del éter, y que provoca que los días ventosos amplifiquen su ya de por sí molesta música augural; cosa que, cuando ocurre, no me distrae lo más mínimo, debido a la costumbre —como todo—, ni interfiere en el silencio requerido por mi trabajo intelectual. Pero el crac, el crac crac de ese instante de esa plácida tarde de quehacer literario no era un soni-

do acostumbrado. Sin duda, provenía del cuarto de baño (tengo la suerte de no tener vecinos), mas, no era la voluta musical que produce el viento al colarse por el respiradero. Dejé la pluma, retiré la silla, crac crac, otra vez crac crac; y, aunque no soy en exceso obsesivo, así la empuñadura de la puerta del cuarto de baño infundido de un grave temor. Abrí. Silencio. Pero, enseguida, crac crac crac crac crac crac con una insistencia desconcertante. Pulsé el interruptor de la luz. El blanquecino resplandor de la lámpara fluorescente asumió el melifluo resol del ocaso que impregnaba todo mi domicilio. Crac crac crac crac. Escruté rápidamente todo el rutilante-mobilario de aquel —amargo ya— cuarto de baño para apreciar la causa de ese crac repetido e invisible. Al fin, entre la taza del retrete y la lavadora superautomática, agazapado en el borde del orinal, sorprendí al padre del

crac crac persuasivo: un gorrión pardo: de pútrida apariencia cenicienta, que no se atrevía a mirarme. Confieso que, a pesar de mi delectación por toda clase de pajarillos, me inquieta considerablemente ver al que aletee fuera de su jaula en un volumen de techo bajo (por ejemplo, un vulgar domicilio como el mío); también me pasa en los rellanos y en los portales de las casas ordinarias; no, sin embargo, dentro de los templos, bajo los artísticos artesonados y en las mansiones ostentosas; a pesar de este nerviosismo, creo que ancestral, tomé tranquilamente un palo de escoba en un rincón del cuarto de baño y, con la punta contraria a la que empuñaba mi mano derecha, toqué al gorrión en su temblante tripilla y, tras otros cuantos crac crac crac crac crac, salió de nuevo por el respiradero; acto seguido fui a la cocina, abrí la puerta de la nevera, tomé una botella de leche, de donde direc-



tamente bebí un trago prolongado, saqué un cigarrillo de la chaqueta, lo prendí, y me senté otra vez, ya bajo la luz del flexo, a encararme de nuevo a mi escritura irregular, prolija en tachaduras.

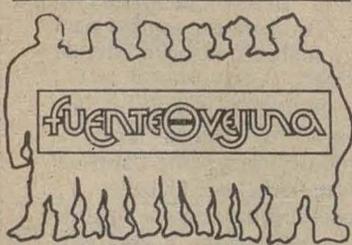
Pasaría una hora cuando sonó el timbre de la puerta de entrada. Era mi amiga Charo. Hola, ¿me invitas a un anís? Estoy trabajando, pero pasa. Charo, sentada frente a mí, correspondió a la invitación etílica ofreciéndome un cigarrillo egipcio; fuerte; como a mí me gustan. Después de la tercera bocanada, comencé a referirle mi pequeño incidente con el gorrión intruso. Pero, hijo, exclamó, eso es la muerte, que la tienes cerca. Tras la enésima bocanada, tosí sorprendido. Charo es tan malditamente supersticiosa, o más, que mi mujer. Sí, querido, cuando se cuela un pájaro a la casa, quien lo retira tiene su muerte sentenciada... y pronto; pero... no te asustes, chin-chin, todo tiene remedio: le pones un par de velas a San (...) y ya verás cómo no pasa nada.

San (...), San (...), sigo sin recordar el nombre de pila de ese

dinero me está costando— después de todos los boletines de noticias:

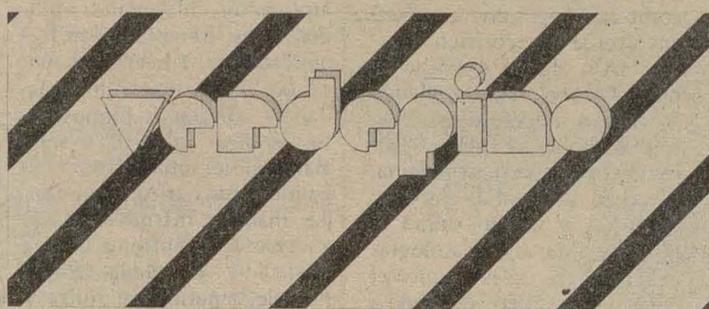
"Se ruega a quien pueda dar con el paradero de Charo Usía Pérez de Madrid, 29 años, pelo castaño, 1,55 de estatura, de notable parecido a Sarita Montiel, llame al teléfono 1234567 de Carboneras de Guadazaón (Cuenca), o lo comunique a la comisaría de policía o cuartel de la Guardia Civil más próximos, por asunto muy muy grave".

Amador Palacios



LIBRERIA GENERAL-PAPELERIA
LIBRERIA INFANTIL
JUEGOS DIDACTICOS

Calle de Santa Fe, 4 Tfno.- 22-36-56
TOLEDO



— MODA —

C/ Alfonso X "El Sabio", 8
Teléfono 21 29 54

TOLEDO

LA MUJER BARBUDA

Dirige:
José Antonio Casado

Coordina:
Damián Villegas y
Amador Palacios

Correspondencia: Redacción
de Toledo de La Voz del Tajo,
Barrio Rey, 9